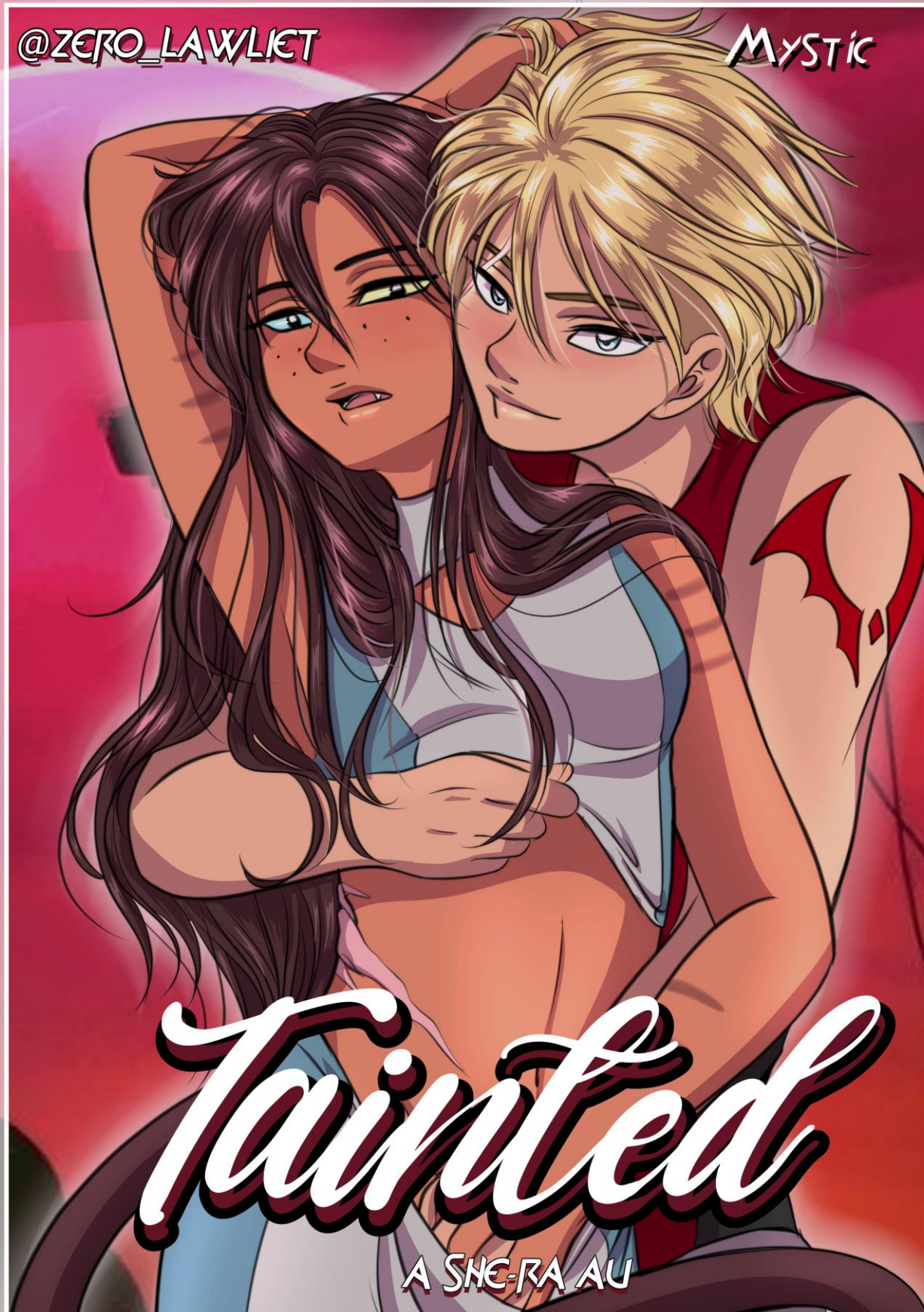


@ZERO\_LAWLIET

MYSTIC



# Twisted

A SHE-RA AU



“No creo que estés hecha para vivir en una jaula, princesa”.

Las palabras de Despara seguían repitiéndose en la mente de Catra. Estaba segura de que no se había referido a la celda en la que la tenían retenida en los cuarteles de la Horda, no. Era algo más. No quería que las palabras de su enemiga la afectaran, pero estar aislada y sin nada que hacer dejaba mucho tiempo para pensar. Era verdad que siempre se había sentido atrapada desde pequeña, a pesar de que su posición como una de las princesas de Etheria le otorgaba más libertades que a la gente normal. Pero a veces Catra se sentaba en la ventana de su cuarto y sentía el impulso de saltar, escapar del palacio y no volver jamás. De ver mundo. Sacudió la cabeza confusa. Era aquella maldita celda y la falta de actividad lo que la hacía pensar así.

La habían atrapado cuando hicieron una incursión en los alrededores de los cuarteles generales para intentar determinar las fuerzas con las que contaba la Horda. Les había llegado el chivatazo de un posible ataque y no estaban preparadas para poder hacerles frente. Era fundamental obtener información sobre el nivel de armamento con el que contaba el enemigo para saber cómo planificar la estrategia de defensa. Catra era la encargada de realizar el reconocimiento del terreno antes de llevar a cabo cualquier tipo de movimiento, así que le habían encargado la misión a su equipo. Sin embargo había sido una trampa organizada por Despara, una de las capitanas de escuadrón más brillantes de la Horda. Era famosa por su falta de piedad y por ser una de sus mejores estrategias. Catra y ella ya se conocían, habían tenido encontronazos en distintas escaramuzas. Catra había llegado incluso al extremo de buscarla para enfrentarse a ella personalmente. La sonrisa de superioridad que la capitana tenía cada vez que cruzaban armas la ponía de los nervios, existía una tensión entre ellas que parecía ir más allá de del campo de batalla o de una simple enemistad. Por eso le daba más rabia aún el haber caído en su trampa poniendo en peligro no solo su vida, sino también la de su gente. La única manera de salvar a su grupo de ser ejecutados había sido ofreciéndose a ir con la Horda voluntariamente con la promesa de facilitarles información confidencial sobre los planes de las princesas. Despara había esbozado una sonrisa satisfecha cuando la vio sacrificarse por los suyos. Estaba claro que eso también lo había previsto. Suspiró resignada e intentó atisbar el sol a través del ventanuco de su celda.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada en los calabozos, y el cielo encapotado hacía imposible determinar siquiera si era de día o de noche. “Tampoco es que haya mucha luz por aquí”, pensó Catra para sí. El cielo de la Horda siempre estaba cubierto por una espesa capa de nubes contaminadas, y las luces artificiales que iluminaban el bastión de metal que eran los cuarteles generales hacían que la existencia del sol fuera totalmente innecesaria.

Se sentía inquieta, estar encerrada nunca le había sentado bien, pero había algo más, un sentimiento que no era capaz de identificar. Era por Despara y sus comentarios insidiosos. No le bastaba con mantenerla cautiva, no, también se había hecho cargo de llevarle las raciones a la celda tres veces al día a pesar de que esa era tarea de los



cadetes y ella tenía un rango superior. Catra desconfiaba de ella, sabía que estaba tramando algo, pero al mismo tiempo siempre esperaba expectante su llegada. Se reprendió a sí misma por sentirse así. De repente, un ruido electrónico a su derecha anunció la llegada de su captora con la comida. Catra ladeó la cabeza y la vio enmarcada en la entrada. Despara tenía más o menos su misma edad, pero casi la duplicaba en tamaño. Tenía que agacharse para poder acceder al interior, y la anchura de sus hombros empujaba el acceso a la celda. Su cabello corto, normalmente peinado hacia atrás de forma severa, caía ahora en suaves ondas por su frente, lo que suavizaba sus facciones. Pero sus ojos azules seguían siendo dos témpanos de hielo cuando la miró. Catra se perdió por un momento en ese océano helado, intentando desentrañar los misterios que escondía, pero desvió rápidamente la mirada con gesto hosco cuando se dio cuenta de que había estado observándola demasiado tiempo. Despara esbozó una sonrisa divertida ante su reacción.

- ¿Cómo está mi prisionera favorita?- dijo con dulzura.

Catra no se dejó engañar por su tono de voz. La miró con indiferencia pero no contestó.

- Nos hemos levantado con el pie izquierdo hoy, ¿no? Bueno, nada que una buena ración de la especialidad de la Horda no pueda arreglar. Te he traído tus favoritas- dijo con una sonrisa burlona mientras depositaba la bandeja en la pequeña encimera metálica que había anclada a la pared.



Catra no se molestó en comprobar que la comida seguía siendo la repugnante pasta grisácea que le habían servido desde el primer día. Se limitaba a consumir lo imprescindible de aquel mejunje como para mantenerse con vida, no por temor a ser envenenada, era una prisionera valiosa a fin de cuentas, sino por la desagradable textura que tenía. Era como masticar goma.

Despara la observó con interés apoyándose en la mesita y cruzando los brazos. Parecía que no tenía ninguna prisa por irse. Catra sentía su mirada recorriéndola con calma de arriba abajo, casi como si la estuviera explorando con las manos. Se removió inquieta bajo su escrutinio y la fulminó con la mirada. Despara entrecerró los ojos dedicándole una media sonrisa pero no dijo nada. Continuó su exploración hacia abajo, hasta los grilletes que rodeaban sus tobillos. Se los habían colocado el primer día y estaban conectados a un sistema de

control que se activaría en caso de huida, detonando los explosivos que contenían. Una forma rápida y efectiva de evitar que ningún prisionero escapara. Una fina línea



apareció entre sus cejas, como si algo la molestara. Levantó la cabeza de nuevo y la miró directamente a los ojos, sería esta vez. A Catra se le erizó la piel. No pudo aguantar la tensión un segundo más.

- ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a molestar a los prisioneros? Creía que los capitanes de escuadrón participaban en las reuniones de estrategia, pero parece que no eres tan importante como quieres aparentar si tienes tiempo de venir a pasar el rato a mi celda- le espetó.

Despara sonrió de nuevo. Se incorporó y se acercó a ella. Catra tuvo que levantar la vista para poder mirarla a la cara.

- Vaya, creía que te había comido la lengua el gato. – ladeó la cabeza – no sabía que tenías información sobre las jerarquías dentro de la Horda. Has hecho un buen trabajo, ¿verdad, princesa? Espero que te lo hayan reconocido como es debido.- Catra maldijo en silencio, había hablado demasiado. Despara comenzó a pasearse tranquilamente de un lado a otro de la celda, examinando las paredes, las esquinas, el ventanuco por el que se colaba la luz mortecina del exterior... Continuó hablando mientras lo hacía- Había oído que la alianza entre las princesas no pasa por su mejor momento y que no estaban precisamente contentas contigo.- Catra se envaró.

Era cierto que había habido tensiones últimamente, sobre todo dirigidas hacia ella. Era la única que parecía querer tomar una posición más ofensiva, pero ninguna de sus compañeras la apoyaba. Estaba harta de su pasividad, y quizá por eso se había arriesgado más de lo necesario en la última incursión. Despara continuó hablando.

– De hecho ni siquiera se han molestado en contactarnos para intentar negociar tu liberación.

Se detuvo entonces para mirarla. Un brillo acerado iluminaba sus ojos. Catra sintió como la esperanza de salir de allí se esfumaba poco a poco. Sabía que no encajaba con el resto de princesas, pero siempre las había considerado aliadas, nunca hubiera imaginado que ni siquiera intentarían negociar un rescate. Apartó la mirada rápidamente mientras notaba como el nudo en su garganta amenazaba con transformarse en llanto. Su respiración se aceleró, pero intentó calmarse. No estaba en una posición en la que mostrar debilidad le fuera a hacer ningún favor. Cerró los ojos e inspiró profundamente, intentando olvidar por un momento dónde se encontraba. Se imaginó a sí misma en el bosque, subida en la rama de su árbol favorito, su escondite. Donde escapaba siempre que se sentía acorralada. Respiró profundamente y abrió los ojos despacio. Tendría que planear con cuidado su próximo movimiento, estaba claro que no le quedaban aliados. Su gente no podría ayudarla sin el apoyo de las princesas. Volvía a estar sola. De pronto sintió como el diminuto jergón en el que estaba sentada se hundía. Se sorprendió al ver que Despara se había sentado a su lado. La observaba con una expresión que no supo



identificar del todo, pero la intensidad con la que la miraba hizo que se sintiera desnuda. La sorprendieron aún más las palabras que pronunció a continuación.

– No tienes por qué volver. Podrías quedarte conmigo.

Catra la miró perpleja, no supo qué contestar. ¿Le estaba ofreciendo quedarse allí, en la Horda? ¿Después de toda la destrucción, el horror, el sufrimiento que habían causado a su gente? Se apartó asqueada poniéndose de pie de un salto y apartándose de ella todo lo que pudo.

- ¡¿Me tomas el pelo?! ¡¿De verdad crees que me quedaría en esteantro voluntariamente solo porque me hayan dejado tirada?! ¡¿Contigo?! ¡Sois escoria!- exclamó.

La expresión de Despara se endureció de pronto y sus ojos la atravesaron como cuchillas. Volvía a ser la temida capitana de la Horda, letal, despiadada. Se incorporó en toda su considerable altura y se acercó a ella con los puños apretados, situándose muy cerca. Las separaba apenas un suspiro. Catra contuvo la respiración y miró hacia arriba. No pensaba dejarse amedrentar.

- No recibo bien que mi amabilidad se pague con insultos, princesa. Te darás cuenta muy pronto que aquí o comes, o eres comido. Y los que estamos arriba en la cadena es por una razón. – su tono era calmado, pero había una amenaza velada en su voz. - ¿Crees que mi intención es quedarme aquí y ser una mera capitana de escuadrón el resto de mi vida? Nada más lejos de la realidad –esbozó entonces una sonrisa aviesa. Catra notó un movimiento a la altura de su costado y de pronto sintió como los dedos de Despara se deslizaban hasta la zona baja de su espalda, acercándola a ella. El espacio entre ambas se selló. El tacto con su piel le quemaba, notaba como sus dedos ásperos trazaban círculos en su espalda.- Se lo que buscas, Catra, lo he visto en tus ojos. Eres igual que yo, solo quieres libertad.

Catra abrió los ojos sorprendida. Era la primera vez que la llamaba por su nombre.

- La Horda es un mero medio del que tengo que valerme para lograr lo que de verdad estoy buscando. Quiero ser libre, quiero poder, quiero destruir este mundo corrupto y rehacerlo de nuevo. Quiero explorar cada rincón de este planeta, conquistar cada reino, llegar donde nunca nadie antes haya llegado...pero para eso necesito ayuda.



Había ido descendiendo el volumen de su voz poco a poco mientras inclinaba su cabeza hacia Catra, colocando sus labios a la altura de su oído. Catra estaba paralizada.



- Juntas podríamos dominar el mundo- susurró.

Despara apartó la boca de su oreja para deslizarse por su mejilla, depositando un suave beso en la comisura de sus labios. Catra jadeó y la agarró por los hombros, clavándole las uñas involuntariamente. Sintió como la cálida sangre comenzaba a deslizarse entre sus dedos. Su respiración se aceleró, sentía el cálido aliento

de Despara mezclarse con el suyo, tenía su sabor en la lengua. Catra se inclinó ligeramente hacia delante, apenas un milímetro, un suspiro de caricia entre sus bocas. Despara sonrió. La apretó aún más contra su pecho agarrándola por las caderas y capturando sus labios en un beso salvaje. Algo se activó en el cerebro de Catra al sentir el contacto de la boca de Despara contra la suya que hizo que su cuerpo se moviera por voluntad propia. Enredó los brazos alrededor de su cuello y la agarró con fuerza por el pelo atrayéndola hacia sí, hasta que fue casi imposible determinar donde empezaba su propio cuerpo y terminaba el de ella. Notó como Despara deslizaba la lengua por sus colmillos instándola a abrirse a ella, y Catra le dio acceso sin pensarlo. El beso se hizo más profundo, sus bocas buscando fundirse en una sola con desesperación. En un solo movimiento, Despara despejó la encimera metálica tirando la bandeja al suelo y la sentó encima, poniéndola casi a su misma altura. Catra entrelazó las piernas alrededor de su cintura acercándola, ondulando las caderas en un intento por aumentar la sensación, el roce con su piel. Despara se separó jadeando.

- Si sigues haciendo eso vas a conseguir que pierda el control por completo, y eso no es algo que pase muy a menudo.



Había ido deslizado una de sus manos hacia arriba, entre sus piernas, y acababa de encontrar su entrada a través de la fina tela de los pantalones. Catra notó cómo la humedad de su centro empapaba el tejido, cómo sus dedos la masajearan a través de la ropa, pero no era suficiente. Quería más. Desenredó una de las manos de su pelo para posarla sobre la de Despara, apretándola contra ella, instándola a tocarla. Acompasó el movimiento de sus manos con el de sus caderas, cada vez más fuerte, más rápido. Algo se oscureció en la mirada de Despara. En un movimiento rápido desgarró el top que llevaba Catra para después deshacerse de sus pantalones dejándola totalmente expuesta. Colocó la mano de nuevo entre sus piernas, deslizado los dedos entre sus pliegues con parsimonia, torturándola con su contacto.

Catra dejó caer la cabeza hacia atrás mientras un gemido escapaba de entre sus labios. Despara llegó a su entrada y se detuvo ahí, sin llegar a penetrarla. Después apartó la mano despacio. Catra la miró con los ojos entrecerrados mientras se llevaba los dedos mojados a la boca y los lamía. La vio cerrar los ojos mientras la saboreaba con calma, y todo pensamiento cuerdo abandonó su mente. Después se inclinó hacia ella cogiéndole la mano y situándola entre las dos.

- Guíame – le dijo. Catra la miró a los ojos un momento.

A pesar de que siempre buscaba tener el control, como princesa había ciertas normas que debía cumplir, y sus deseos normalmente quedaban relegados a un segundo plano. Lo que Despara le ofrecía era el control total, guiarse por sus anhelos más profundos. Ser la protagonista. No dudó. La agarró por la nuca para atraerla y la besó con fuerza. Todavía tenía su sabor en los labios. Con la otra mano condujo a Despara hasta su sexo, cada vez más húmedo. Separó las piernas todo lo que pudo y enredando su mano con la de ella se penetró con sus dedos entrelazados. Jadeó abrumada por la sensación, sus paredes dilatándose ante la invasión, llenándola por completo.



Sintió la sonrisa de Despara contra su boca. Sus manos se movieron en un ritmo frenético aumentando la fricción mientras ondulaba las caderas al compás. Su cuerpo se fue tensando poco a poco, sus respiraciones entrecortadas mezclándose, el sudor deslizándose por su espalda. Despara abandonó su boca para descender hasta la curva de su cuello. Sintió como la lamía, como sus dientes arañaban la sensible piel. Una corriente eléctrica la recorrió desde ese punto y le puso el vello de punta. Sus movimientos se hicieron más salvajes según se acercaba al clímax, alcanzando el punto de máxima tensión hasta que no pudo soportarlo más y explotó. Despara atrapó su boca en un beso voraz amortiguando su grito de liberación a la vez que deslizaba otro dedo en su interior. Catra no supo decir cuánto tiempo permanecieron entrelazadas la una en la otra. De pronto, Despara desenredó sus manos con cuidado separándose de ella. Catra se sintió vacía de pronto, y levantó la mirada confusa.

Despara la observaba con una mezcla de satisfacción y admiración. Le dedicó una leve sonrisa mientras deslizaba una de sus manos por el pelo en un intento de eliminar el rastro de los dedos de Catra.

- Piénsalo – le dijo. Y dicho esto salió de la celda dejándola sola de nuevo con sus pensamientos.

Catra no podía dormir. Otra vez.

Todavía no tenía muy claro qué había pasado. Nunca hubiera imaginado que pasaría de intentar matar a Despara a la mínima oportunidad que se presentaba, a llegar al grado de intimidad que habían compartido. A dejar que la tocara. A que ella le diera completo control de la situación. Se había sentido poderosa por primera vez en mucho tiempo, capaz de hacerse con lo que deseaba sin pensar en nadie más, sin remordimientos. Había sido libre. Pero tampoco podía olvidar lo que era ella. Despara había sido el monstruo que traía el horror en las historias que le contaban a los niños en la aldea. La pesadilla que los secuestraba por la noche para nunca dejarlos volver. Sabía muy bien de lo que era capaz, no podía fiarse de ella. No quería convertirse en otro monstruo. Pero, ¿y si era verdad que solo quería ser libre? Quizá la Horda la había utilizado, igual que a ella misma las princesas. Tal vez Despara tenía razón y no eran tan diferentes. Había rumores de que los soldados de la Horda eran en verdad niños secuestrados a los que entrenaban desde pequeños. Les lavaban el cerebro, les ponían el uniforme y les enseñaban a ser soldados. Igual que a ella la habían encorsetado en el papel de líder y le habían impuesto una forma de vida y de pensamiento. Eran dos caras de una misma moneda. Siguió dando vueltas en el jergón inquieta. Al rato escuchó las voces de los vigilantes, era la hora del cambio de guardia. Debía ser medianoche entonces. Aguzó el oído intentando captar cualquier atisbo de información que pudiera escapárseles, pero una voz femenina que conocía muy bien ordenó a los guardias que se marcharan. Catra se incorporó para ver a Despara aguardándola en la puerta abierta de su celda. Se había quitado el uniforme y vestía únicamente una camiseta negra básica y unos pantalones





deportivos. Sus ojos refulgían en las sombras de la celda y su pelo dorado reflejaba las luces del pasillo creando una aureola sobrenatural a su alrededor. Parecía más joven que nunca.

- Ven conmigo- le dijo.

Catra se puso en pie y la siguió. Recorrieron en silencio los laberínticos corredores del complejo. Las paredes metálicas estaban surcadas por infinidad de tuberías y cables que ascendían hasta perderse en las alturas, como si fueran vasos sanguíneos que alimentaran el cuerpo de un enorme monstruo. Ascendieron a través de las entrañas del edificio con el eco de sus pisadas como único acompañamiento. Catra se preguntó a dónde la llevaría. No se había molestado en ponerle esposas, lo único que se interponía entre ella y su libertad eran los grilletes anclados a sus tobillos, y estaba bastante segura de que con un poco de paciencia sería capaz de quitárselos. Sopesó la idea de intentar escapar, pero la rechazó casi al instante. Tampoco tenía un lugar a donde volver, no pensaba someterse de nuevo a la alianza real, y en su aldea terminarían por no echarla de menos. No quería admitirlo, pero la oferta de Despara le resultaba hasta cierto punto tentadora. Sin embargo, sabía muy bien que tendría que pisotear sus principios y dejar de lado todo lo que le habían inculcado desde pequeña para hacer lo que le había propuesto. No creía estar preparada. Ni siquiera sabía si quería hacerlo. Siguió sumida en sus cavilaciones sin darse cuenta de que habían alcanzado su destino. Despara se había detenido delante de un enorme portón metálico. Puso la mano en un panel de reconocimiento que escaneó sus huellas y le dio acceso. Las recibió la brisa nocturna y una enorme luna sanguinolenta que iluminaba el cielo. Era un espectáculo sobrecogedor. Despara avanzó hasta la barandilla que delimitaba la plataforma y se apoyó con los codos en ella mientras miraba hacia el horizonte. El suave viento le revolvió el cabello, que adquirió tintes cobrizos a la luz de la luna de sangre. Tenía una postura relajada impropia de ella, como si darle la espalda a su enemiga no le preocupara en absoluto. Catra nunca la había visto bajar la guardia en ningún momento, pero parecía que en este lugar se sentía segura. Se acercó a su lado en silencio.

- Es hermoso a su manera, ¿verdad? – le preguntó en un susurro. No la miraba, tenía la vista perdida en un punto lejano como si no estuviera allí del todo.

Catra observó su semblante relajado. Se percató de pronto de la cicatriz que atravesaba su ojo desde la frente hasta la parte alta de la mejilla. Sabía perfectamente cómo se la había hecho. Despara giró la cabeza y la pilló mirándola. Sonrió burlona- Te gusta dejar marca, ¿verdad Catra?-preguntó.

- Podría decirse lo mismo de ti- contestó ella.

Se levantó el borde de la camiseta y le mostró la brutal herida que desfiguraba su costado. Había ocurrido en uno de sus primeros encontronazos. Catra le había dado un zarpazo en el ojo en un intento por cegarla pero había dejado un hueco en su defensa que Despara había aprovechado para herirla con su espada. Casi la había partido por la

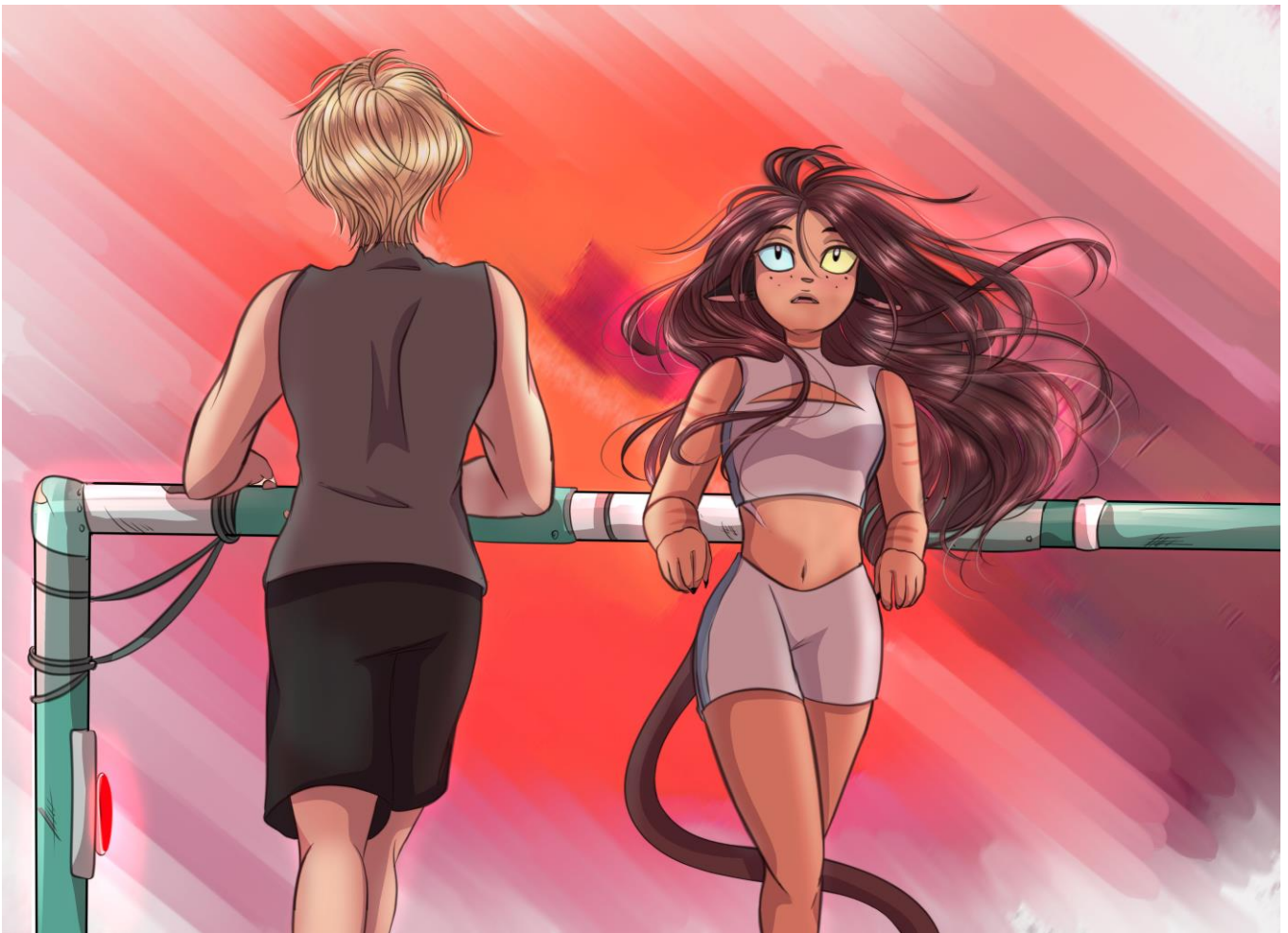


mitad. Despara observó la enorme cicatriz para luego pasear la mirada por el resto de su torso, hacia arriba. Catra se sonrojó involuntariamente y dejó caer la camiseta de nuevo. Su movimiento no pasó desapercibido, vio a Despara sonreír por el rabllo del ojo.

- Queda claro que a las dos nos gusta ser recordadas- concluyó ella.

Catra no puedo evitar soltar una carcajada. Era surrealista que se sintiera más cómoda con su enemiga que con sus propias aliadas.

Cayeron en un silencio tranquilo. Catra apoyó la espalda en la barandilla y levantó la mirada. No le interesaba mucho el paisaje de la Horda, su trabajo como rastreadora la había llevado a infiltrarse un par de ocasiones y no había visto nada interesante, pero pocas veces tenía tiempo para pararse a observar el cielo. Las espesas nubes habían dejado una ventana despejada justo encima de aquella azotea por la que se asomaba la enorme luna rojiza, rodeada de la oscuridad más absoluta. Los libros de los Primeros representaban extraños símbolos en los grabados del cielo que había en sus ilustraciones, astros que habían brillado junto a la luna en el pasado. Estrellas, las habían llamado, pero en algún momento habían desaparecido de todas de golpe. Catra se preguntó si alguien en algún momento se atrevería a salir al espacio a buscarlas, a explorar otros mundos. Las posibilidades eran infinitas.



- Podríamos ser nosotras, ¿sabes?- dijo Despara leyéndole el pensamiento.- Conquistar este mundo y los que están por venir. ¿Quién va a impedirnoslo?

Catra la miró. Le brillaban los ojos, lo decía totalmente en serio.

- ¿Cuál es el truco?- le preguntó
- ¿Truco? No hay ningún truco. El mundo es nuestro, lo único que tenemos que hacer es alargar la mano y hacernos con él.- contestó Despara. “Como si fuera tan sencillo” pensó Catra.
- ¿Crees que nadie se interpondrá en nuestro camino? ¿Qué nos dejarán hacer lo que queramos? No, estás muy equivocada – se retiró de la barandilla y la miró de frente. – Puede que seas capaz de hacerte con el control de la Horda, los soldados rasos te respetan y por lo que he podido comprobar hasta ahora, la incompetencia de los altos cargos hace que dependan en gran medida de ti. Pero las princesas no harán lo mismo, atacarán si es necesario en cuanto se vean acorraladas, no tolerarán someterse a un régimen que basa su poder en la violencia. Ni siquiera se ha podido llegar a una tregua hasta el momento, será imposible. ¿Qué harás entonces?- preguntó Catra.

Despara se incorporó despacio para mirarla. El viento soplaba ahora con más fuerza revolviéndole el cabello y convirtiendo sus mechones en un revoltijo de hilo dorado, pero no parecía importarle.

- Eso es fácil- una sonrisa radiante se dibujó su cara mientras extendía los brazos como si pudiera abarcar el mundo con ellos.- Los mataremos a todos- dijo como si fuera obvio.

Catra había esperado una respuesta similar, pero escucharlo de sus labios mientras tenía esa expresión de felicidad absoluta la aterrorizó. Hablaba en serio, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Despara continuó hablando.

- No todos merecen prosperar en este mundo, Catra, a pesar de lo os enseñan en vuestras escuelas,- comenzó a caminar despacio hacia ella. Catra retrocedió un paso instintivamente.- ¿Son necesarios para el mundo individuos que ni siquiera son capaces de valerse por sí mismos, que requieren protección de sus superiores para prosperar? ¡Por supuesto que no! Solo son necesarios aquellos que sean capaces de sobrevivir a pesar de todo, de crecer, de hacerse con lo que desean sin pensar en nadie más. Solo los más fuertes. Y tú y yo pertenecemos a ese grupo.- se paró justo delante de ella pero sin llegar a tocarla.
- Eso no justifica que puedas asesinarlos...-contestó con un hilo de voz.
- Lo haré si se interponen en mi camino. – dijo tajante- Nadie se ha preocupado nunca por mí, ¿por qué no habría de hacer yo lo mismo? ¿Acaso alguien te ayudó cuando mataron a tus padres y te quedaste sola? ¿Cuándo tuviste que ocultarte en el bosque y sobrevivir? No, claro que no.- Catra jadeó sorprendida- Yo también he investigado princesa. Solo te buscaron cuando necesitaron tu



ayuda. Para usarte, para aprovecharse de tus habilidades superiores y crecer a tu costa. Somos iguales, ¿por qué no hacernos con un poder que nos pertenecía desde el principio?

- ¡Porque no está bien!- exclamó Catra.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y a deslizarse por sus mejillas mientras las imágenes se sucedían en su cabeza. El ruido de disparos, su madre tirando de su mano instándola a correr más rápido. Las pisadas acercándose al ritmo de tambores invisibles. Ella temblando en el hueco de un gran árbol mientras oía los gritos. Y después el silencio. Se llevó las manos a la cabeza cerrando con fuerza los ojos en un intento por bloquear el torrente de emociones; miedo, desesperación, angustia...pero sobre todo la soledad. La habían dejado completamente sola. Sabían que les habían atacado, que su cuerpo no había aparecido pero no fueron a buscarla. Había tenido que sobrevivir, sacar a su gente adelante sin ayuda de nadie, y solo habían contactado con ella cuando la habían necesitado. Notó como Despara la sujetaba por las muñecas y la obligaba a mirarla a los ojos

- Sabes que tengo razón, sabes que se lo merecen. ¡Admítelo!- la sujetaba con tanta fuerza que le clavaba las uñas en la piel.- ¡Ser mejor no debería convertirse en una atadura para hacer lo que otros te dicen, Catra, tu poder te pertenece y eres libre de usarlo como te venga en gana! ¡Hazlo tuyo de una vez por todas!

La respiración de Catra cada vez era más errática, más entrecortada. No podía pensar con claridad. La rabia que llevaba suprimiendo durante años comenzó a escapar de su prisión y la cegó por completo. Necesitaba hacer algo, escapar, morder, desgarrar....

- ¡SUÉLTAME!- rugió.

Desnudó las garras y en un movimiento veloz se abalanzó sobre Despara arañándola en la cara con las zarpas. Despara se tocó el arañazo con la mano retirándola cubierta de sangre. Levantó la mirada y la observó con una sonrisa malévola. Un brillo peligroso le iluminaba los ojos, sus músculos se tensaron preparados para la violencia.

- Eso es, princesa. Sabes lo que quieres, tienes el poder de hacerlo. ¡RECLAMA LO QUE TE PERTENECE!

Despara se lanzó hacia ella y le propinó un formidable puñetazo en el estómago. Catra se quedó sin respiración por un momento, pero se recuperó de forma casi inmediata y de un potente salto se encaramó a su espalda, clavándole las garras en los omoplatos y desgarrando hacia abajo. Despara rugió de dolor, revolviéndose para intentar deshacerse de ella. Consiguió agarrarla por el tobillo y la lanzó contra la barandilla con fuerza. Catra se contorsionó en el aire, agarrándose al borde de la plataforma y quedó colgando del borde. Casi había caído al vacío. Apoyó los talones en la pared metálica y se impulsó de nuevo a la azotea. Fue recibida por una patada lateral de Despara que la lanzó contra la puerta de acceso.





Tuvo el tiempo suficiente de agacharse para evitar el brutal puñetazo que se dirigía a su cara y hacer que Despara perdiera el equilibrio momentáneamente. Aprovechó el segundo que necesitó para corregir su trayectoria para hacerle un barrido e inmovilizarla contra el suelo, sentándose a horcajadas sobre su abdomen. Catra desnudó los colmillos y rugió furiosa, pero Despara la observaba con los ojos muy abiertos sin dejar de sonreír. Su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, y Catra notaba su propio corazón latiendo al compás. La sangre manchaba el lado derecho de su rostro, donde sus uñas habían desgarrado la piel, pero no parecía importarle.

- ¿Qué harás ahora, Catra? ¿Me darás el golpe de gracia? Llevas mucho tiempo deseándolo, ¿qué te lo impide?

Catra notó como Despara elevaba la rodilla y la situaba entre sus piernas. Catra siseó, desnudando aún más los colmillos. Despara no se acobardó, levantó la cabeza acercando los labios a su oído— Tú tienes el control ¿Qué vas a hacer?

Catra se abalanzó sobre ella y la besó con furia. Despara respondió al momento, invadiendo su boca con la lengua y desgarrando en un solo movimiento la camiseta de Catra. Notó como sus pezones se endurecían al contacto con el aire nocturno. Las manos de Despara se deslizaron por su torso, explorando cada centímetro de piel expuesta hacia arriba hasta que cubrió ambos pechos con las manos. Acarició los pezones con la punta de los dedos, y el contraste entre la aspereza de los dedos de la guerrera y la suavidad de su propia piel y la enloqueció. Notó como su excitación aumentó, notaba el espacio entre sus piernas cada vez más húmedo, vacío. La quería ahí. Catra profundizó el beso, quería invadirla por completo. La oyó gemir cuando le mordió el labio inferior y saboreó su sangre. Sonrió.

- Vas a hacer lo que yo te diga- le dijo. Despara se encontraba totalmente a su merced. Se lo estaba diciendo con la mirada.

Catra se incorporó, apartando las manos de Despara de sus pechos. La agarró por las muñecas y situó sus brazos por encima de su cabeza.

- No los puedes mover de ahí- le ordenó en un susurro. Acto seguido se levantó y se desnudó por completo.

Lo hizo despacio, quería que ver su reacción según se iba descubriendo ante ella. Vio como sus ojos se oscurecían, pasando de aguamarina a añil, sus pupilas dilatadas, su respiración entrecortada. Se lamió la sangre que salía de la herida del labio. Catra sonrió satisfecha. Cuando estuvo completamente desnuda, se inclinó de nuevo hacia ella colocando las rodillas ambos lados de la cabeza de Despara, dándole acceso. No necesitó decirle nada, notó ella estiraba el cuello y la engullía por completo. Como su lengua se colaba por cada recoveco, cada pliegue. Como la lamía en toda su longitud con calma, saboreándola, deleitándose en su esencia. Capturó con sus labios su punto más sensible y succionó con fuerza. Catra se estremeció ahogando un gemido y se inclinó hacia atrás.



Onduló sus caderas en un intento por aumentar la fricción, y Despara respondió acompañándose a ella, besándola, succionando, penetrándola con la lengua. Los movimientos de Catra se hicieron más erráticos, descontrolados. Hubo un momento en que notó las manos de Despara sujetándola con fuerza por las caderas para lograr mejor acceso, no le importó. Se aferró con fuerza a su pelo, arañándola hasta que una corriente eléctrica la convulsionó por completo, desde su sexo atravesando su columna vertebral y liberándola por completo. Gritó su nombre en la noche levantando la mirada y encontrándose con la luna como única espectadora. Despara la levantó por las caderas y la colocó de nuevo a horcajadas sobre su abdomen. Se incorporó, quedando enfrentadas la una a la otra, Catra todavía con las últimas convulsiones del orgasmo sacudiendo su cuerpo.

- Adora- dijo.
- ¿Cómo?- preguntó Catra confusa.
- Me llamo Adora.

Había extendido las manos en su espalda y acariciaba con parsimonia la piel de Catra, Se deslizó por sus glúteos copándola, y acercándola más a ella. Después se inclinó y capturó su boca en un beso dulce, impropio de ella. Catra entrelazó los brazos en su cuello cerrando el espacio entre ambas. Cuando se separaron, le dedicó una media sonrisa llena de colmillos.

- Ahora te toca a ti.

La empujó obligándola a tumbarse de nuevo. Depositó un beso en la comisura de sus labios, igual que había hecho ella antes, para después descender por la columna de su cuello, succionando, lamiendo. Al mismo tiempo sus manos exploraron su torso, el contorno de sus músculos. Recorrieron cada cicatriz, cada huella, deteniéndose en sus pechos para darles la atención que merecían. Cuando localizó sus pezones, los capturó entre los dedos pellizcándolos con fuerza. Notó como Adora se tensaba bajo ella, su respiración cada vez más rápido mientras ella continuaba con su exploración. Desplazó una de sus manos hacia su espalda, para agarrarla por su firme glúteo, desnudando las garras al tiempo y dibujando su marca en ella. Con la otra, se deslizó por su abdomen hasta encontrar los rizos de su pubis, separándolos y resbalando los dedos entre sus labios húmedos. Adora se convulsionó bajo su peso, elevando sus caderas en un intento por aumentar el contacto. Catra no se lo permitió.

- Shh, todavía no- le dijo en un suspiro.

Desplazó su mano en toda su longitud, recorriéndola con los dedos, deteniéndose en su zona más sensible y trazando círculos a su alrededor, torturándola. Adora se retorció bajo su peso, pidiendo más, pero Catra no se lo permitió. Ella estaba en control. Separó con cuidado sus labios cuando encontró su entrada, penetrándola por fin con dos dedos.



Le permitió moverse entonces, su cadera ascendiendo al tiempo del movimiento de los dedos de Catra en su interior. Notó como los músculos de su abdomen se tensaban más y más. Adora desplazó una de sus manos apartándola de su cadera para situarla entre sus piernas, imitando los movimientos de Catra. Se mordió el labio inferior con los colmillos concentrándose en las sensaciones que le provocaban los dedos de Adora. Pegó sus labios a su cuello ahogando una exclamación de sorpresa cuando la penetró, llenándola por completo y comenzó a marcar un ritmo salvaje. La tensión fue en aumento, notaba como los movimientos de Adora se aceleraban al tiempo que se disparaban los latidos de su propio corazón. Cuando llegó al clímax no pudo evitarlo, hundió los colmillos en su cuello, marcándola, al tiempo que la oía gritar su propia liberación. Se desplomó sobre ella exhausta, apoyando la cabeza en su pecho. Podía escuchar como los latidos de su corazón se ralentizaban, recuperando un ritmo normal. Cerró los ojos y se dejó llevar. Las manos de Adora recorrían su espalda de arriba abajo, desde la nuca hasta el nacimiento de su cola. Se sentía completamente satisfecha, más libre de lo que nunca había estado. Poderosa. Se imaginó cómo sería sentirse siempre así.

Notó como Adora cambiaba de postura y se incorporaba, arrastrándola con ella. Hundió una de sus enormes manos en su cabello revuelto hasta su nuca e inclinó su cabeza para mirarla a los ojos.

- ¿Te quedarás conmigo?- le preguntó de nuevo.

Catra se perdió en sus ojos, en las posibilidades que prometían. La libertad. No dudó esta vez.

- Sí.

